

EL ARCHIVO DE STAMFORD HAWKSMOOR



Bryan Talbot

ASTIBERRI



En caso de que se revelasen sus contenidos, no me llevo a engaño pensando que este libro pudiese desembocar en cualquier otra circunstancia salvo un inexorable encuentro *tête-à-tête* con la guillotina.

No obstante, me siento en la obligación de documentar los acontecimientos y circunstancias que me dispongo a revelar, no solo en un intento por concederme a mí mismo cierta sensación de cierre, sino también como esclarecimiento para la posteridad.

Si usted está leyendo estas líneas, casi con total certeza he muerto, pues no abrigó intención de difundirlas en vida.

Esto se debe, no en escasa medida, al sentimiento de vergüenza que aún me embarga, a pesar de los numerosos años transcurridos, en relación con algunas de mis acciones moralmente indefendibles, por no hablar de las consecuencias que tendría la divulgación de estas confesiones, en concreto mi arresto e inevitable ejecución.

Sea como sea, estoy decidido a contar la verdad, por ingrata que pueda resultar.

Aunque los fundamentos de esta crónica son mi registro policial, en el que detallaba mis investigaciones diarias, me corresponderá aquí embellecer esos áridos informes con mis pensamientos y cavilaciones para satisfacer tanto las exigencias de una narración lógica y lúcida como mis absurdas pretensiones literarias.



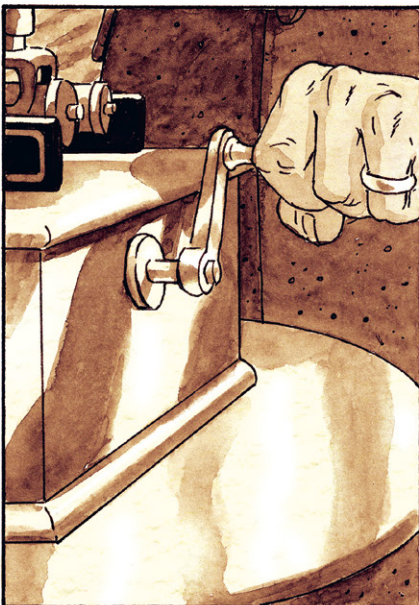
A modo de contexto, cabe indicar que los hechos tuvieron lugar durante los postreros días de la ocupación francesa de Bretaña, después de casi doscientos años de dominación colonial.

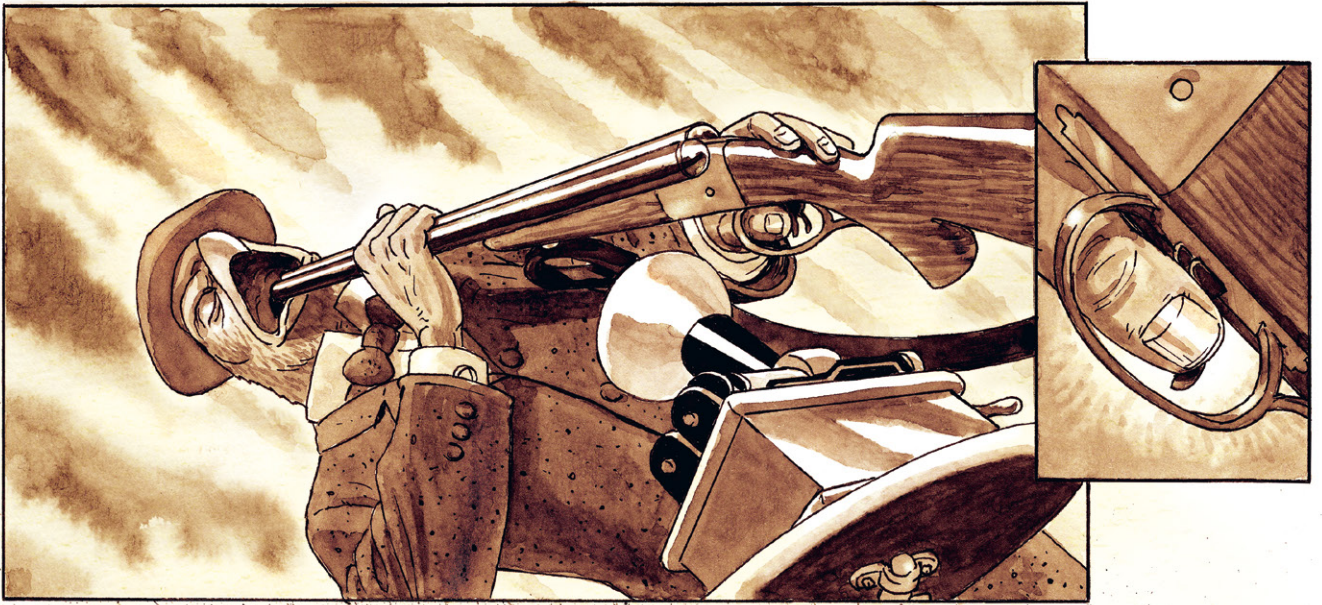
El país llevaba los últimos cuatro preparándose para la autonomía constitucional. Bajo los auspicios de nuestro diligente funcionariado, se habían estado desarrollando nuevas estructuras de mando y un sistema de plebiscito nacional para la elección de representantes parlamentarios.



Esta monografía da comienzo pocas semanas antes de que Francia cediera el poder al Gobierno interino, al tiempo que se aceleraban los preparativos para las celebraciones oficiales de la independencia. En realidad, numerosos ciudadanos se regodeaban ya en su supuesta liberación.







Con objeto de que el lector comprenda por completo la siguiente crónica, me veo en la obligación de establecer ciertos hechos relacionados con la transición al gobierno autónomo que resultan pertinentes para esta narración.

Aunque deberían ser de conocimiento común, me temo que no todo el mundo es historiador.

Sir Isaac Newton postuló que por cada acción siempre se produce una reacción opuesta e idéntica. Me dispongo a demostrar esa máxima.

Durante muchas décadas se había vivido un periodo de relativa estabilidad; a pesar de esporádicas expresiones de petulancia surgidas de un sentido nostálgico del nacionalismo, Bretaña había aceptado supuestamente su prolongado papel como una más entre la miríada de provincias del Imperio francés alrededor del orbe.

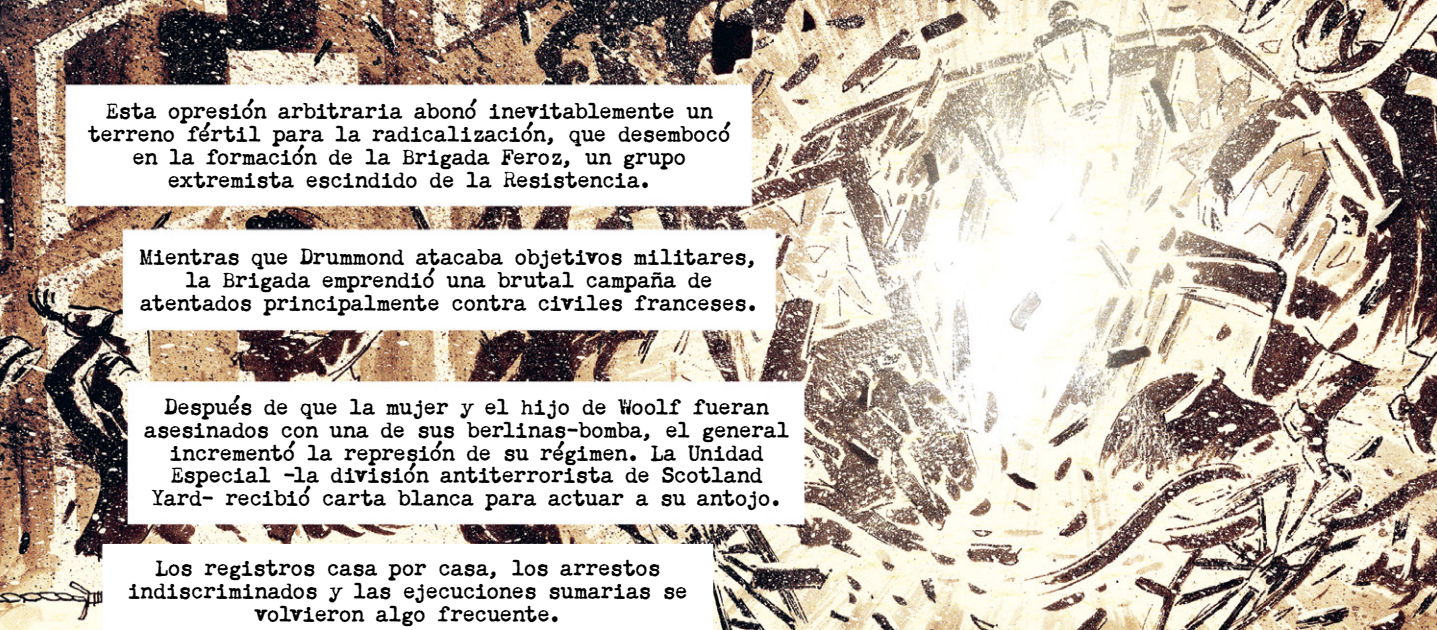
De resultados de la corrupción descarada y la clara incompetencia de una sucesión de gobernadores, la atmósfera del país fue cambiando de manera gradual y el Movimiento de Resistencia renació bajo el mando de un joven abogado norteño, Harold Drummond.

Líder nato y carismático, Drummond tenía astucia y valor de sobra.

Frustrado por la incapacidad de sus gobernadores civiles para controlar la marea creciente de insurgencia, Napoleón XI los sustituyó por el general Pierre Woolf, un disciplinario estricto.

Woolf declaró de inmediato el estado de emergencia en Bretaña, duplicó el número de tropas aquí destinadas y estableció controles militares y un toque de queda a las 18.00 h.





Esta opresión arbitraria abonó inevitablemente un terreno fértil para la radicalización, que desembocó en la formación de la Brigada Feroz, un grupo extremista escindido de la Resistencia.

Mientras que Drummond atacaba objetivos militares, la Brigada emprendió una brutal campaña de atentados principalmente contra civiles franceses.

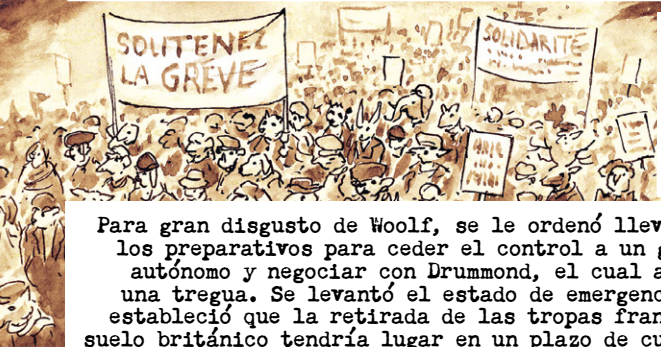
Después de que la mujer y el hijo de Woolf fueran asesinados con una de sus berlinas-bomba, el general incrementó la represión de su régimen. La Unidad Especial -la división antiterrorista de Scotland Yard- recibió carta blanca para actuar a su antojo.

Los registros casa por casa, los arrestos indiscriminados y las ejecuciones sumarias se volvieron algo frecuente.

Se llenaron campos de concentración con sospechosos de disidencia, la mayoría de ellos retenidos sin juicio.



Ante esta provocación, el proletariado británico exigió la independencia y declaró una huelga general que paralizó el país durante dos años. Mientras tanto, se continuaron produciendo atentados.



Mientras los ataques quedaron confinados en nuestra isla, tuvieron poco efecto sobre nuestros gobernantes, pero cuando las explosiones se trasladaron al continente, principalmente a París, Lyon y Lille, el fragor de la indignación pública francesa obligó al régimen de Napoleón XI a librarse rápidamente de nuestro pendenciero país.

Para gran disgusto de Woolf, se le ordenó llevar a cabo los preparativos para ceder el control a un gobierno autónomo y negociar con Drummond, el cual anunció una tregua. Se levantó el estado de emergencia y se estableció que la retirada de las tropas francesas de suelo británico tendría lugar en un plazo de cuatro años.



A medida que se acercaba la fecha, Woolf concedió una amnistía a miembros de la Resistencia, cuyos líderes de división fueron convocados para una ceremonia de desarme simbólico en el barrio londinense de Whitechapel. La Brigada Feroz boicoteó el acontecimiento.



Era una trampa.

Woolf se vengó por la muerte de su familia y la humillación de haber sido incapaz de someter a los británicos.

La masacre de Brick Lane, tal y como acabó siendo conocida, tuvo lugar el sábado 31 de agosto, justo dos meses antes de la secuencia de acontecimientos que voy a relatar.

Milagrosamente, Drummond sobrevivió, al parecer escudado por el cuerpo de un tejón grande y corpulento, aunque una bala le atravesó el brazo derecho.

Yo no creo en milagros, pero el caso no era de mi incumbencia. Hasta el Día de la Independencia, Woolf seguía teniendo poder sobre la vida y la muerte en Bretaña, por lo que el incidente jamás fue sometido a una investigación criminal.

Drummond era un buen líder para la Resistencia y sería un buen líder para la nación. Su partido "socialista" ganaría por mayoría abrumadora en las inminentes elecciones.

En cuanto a mí, nunca me ha interesado la política. Solo era un polizón volcado en su trabajo en el Departamento de Investigación Criminal Metropolitano.

Era inspector de homicidios.

Jueves, 3 de octubre

"Como aquel que en una vereda desierta
Camina con miedo y temor,
Y tras haberse girado una vez, el paso aprieta
Y hacia atrás no vuelve a mirar;
Pues sabe que un demonio aterrador
Sigue sus pasos de cerca".



Teniendo en cuenta las luctuosas circunstancias,
no era de extrañar que me hubiese venido a la
cabeza el sombrío poema de Coleridge.



El mal presentimiento que lo acompañaba, sin
embargo, la sensación de que aquel día era un
augurio de cosas peores, solo puede explicarse
como una vaga forma de premonición.

Aquí, lejos de los mugrientos
suburbios de Londres, podía
apreciarse el avance del otoño.



El aire fresco traía
el aroma de la leña
quemada y el frenético
canto de los zorzales.



Un céfiro formó un
pequeño remolino de hojas
que bailó alegremente un
vals sobre los adoquines.

¿Inspector
Hawksmoor?

¿Sí? ¿Asumo que
le envía el agente
Turnbull?

Ajá. Solo son
un par de kilóme-
tros, señor.



"¿Acaso no sabes que con la caída de la hoja
El alma se siente como una gavilla floja
De sarmientos resecos y cosecha brumosa,
Y la muerte parece más hermosa,
En otoño cuando cae la hoja?".











¿Qué sentí por la muerte de mi hermano?

Emocionalmente...

...nada.

Nunca fuimos íntimos.



Era diez años mayor que yo y, con doce, lo enviaron a un internado de élite.

Ignoro qué desgracias inenarrables tuvo que soportar allí, si castigos corporales, humillaciones o los abusos sexuales endémicos en tales instituciones...



...pero, cuando volvía a casa por vacaciones, se mostraba más frío y distante que nunca.

Oye, Gerald, ¿qué haces? ¡Oh! Qué bonita...



¡LARGO!

¡No vuelvas a entrar en mi cuarto, lombriz apestosa!

Tras ver lo que le había hecho a Gerald, mi madre se mostró inflexible en que yo estudiara en la escuela local.



A los dieciocho años, se marchó a la universidad y ya solo regresaba a casa, a regañadientes, por Navidad.

La última vez que lo vi fue en su boda. Él ni siquiera vino a la mía.

Así que... no. No sentí tristeza.

Lo que sentí fue desconcierto. Algo iba terriblemente mal. Aquello no era propio de Gerald.

Tieso como una escoba, era insufriblemente pomposo y un pertinaz seguidor del protocolo. Siempre actuaba según las normas. Pedante en grado sumo, ni siquiera había dejado una nota.

Aquel asunto olía rematadamente mal.



En Londres, la polución causada por el tráfico era peor que nunca.



El hedor del estiércol acumulado se sumaba al ubicuo olor de los fuegos de carbón; los edificios manchados de hollín de la capital eran testimonio silencioso de su omnipresencia.



Al menos no faltaba trabajo para los barrenderos.



Aunque la mayoría de los controles militares habían sido dismantelados en las últimas semanas, aún quedaban barreras en las principales vías del centro de la ciudad, a pesar de que la amenaza terrorista se había reducido enormemente en los años precedentes al traspaso de gobierno.



¡A ver, rosbifes, documentación!

¡Ja, ja! ¡Este es guripa!

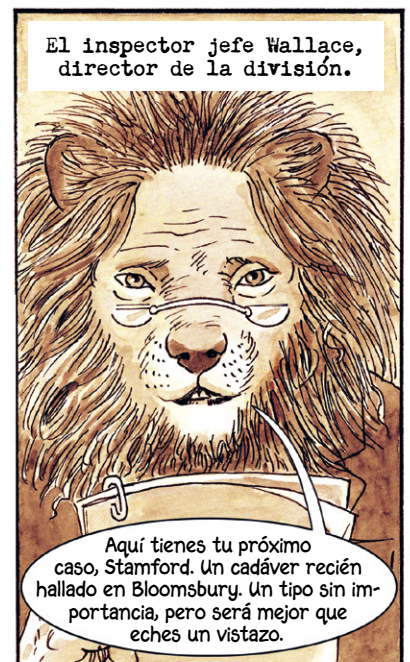
¡Oooh! ¡Un tipo importante! ¡Cuidadín!



¡A casarla, pelagatos!

Me alegrará perder de vista la altanería de los soldados franceses en las calles.







Así es, patrón.
Nos avisó un vecino hará un par de horas. Aquí el doctor dice que debe de llevar muerto unas doce horas. Pobre Sid.

Así pues, ¿lo conocía?



Esta es mi ronda, patrón.
Me crie aquí. Sí, es Sid Rawlins. Carterista. Y no demasiado bueno. Vive a la vuelta de la esquina, en St. Giles.

Entonces, probablemente volvía a casa anoche cuando alguien lo metió a rastras en este callejón.

¿Cómo sabe que no entró para verse con alguien?



Su otra alpargata sigue tirada en la otra punta, junto a una gorra de tela, también suya, a juzgar por los pelos pardos grasientos de su interior.

Lo obligaron a entrar deliberadamente para acuchillarlo.



Y no con un simple cuchillo, sino con un sable corto fabricado a medida, de filo serrado, manejado con precisión militar.

¿Ha sido obra de un soldado?

Eso no puedo decírselo, pero reconozco el arma. Es la que usa el Carnicero de Shoreditch.

Pero... se trata de un *modus operandi* muy distinto. Víctima masculina, sin mutilaciones...



Esto ha sido un trabajo profesional y eficiente. Lo de las prostitutas, presumo, es para su placer personal.

Le diré más: vi su trabajo por primera vez el año pasado. ¿Recuerda a aquellos dos oficiales franceses asesinados en Kensington? Los despacharon exactamente de la misma manera que a este pobre. **La Brigada Feroz** reclamó la autoría.



Asumo que habrá informado al inspector Stootson.

Por supuesto. Está todo en su archivo. Bueno, yo he acabado.



Andrajoso, ropas sucias y harapientas. Claramente pobre cual ratón de iglesia.



A duras penas el objetivo típico de un saltador... ni de un asesino profesional, ya que estamos.

Ah. Aquí, bajo las uñas... pelos grises.

Lléveme a su casa.



Pasamos frente a la iglesia de St. George, diseñada por mi ilustre ancestro, el arquitecto Nicholas Hawksmoor, y consagrada en 1730. Aparece de fondo en "Gin Lane", un grabado a buril de William Hogarth, publicado en 1751.

En el momento de estos acontecimientos, seguía siendo un barrio muy conflictivo. Principalmente porque lindaba con la parroquia de St. Giles-in-the-Fields, una zona aún más dura, tristemente célebre -hasta su posterior demolición y gentrificación- por su miseria, insalubridad, masificación, criminalidad y enfermedades.

Afortunadamente, no debíamos aventurarnos en su podrido corazón, la Guarida, un lugar en el que ni siquiera los soldados franceses se atrevían a adentrarse.



Un apestoso y mal iluminado laberinto de desvencijados arrabales del siglo XVII, callejones angostos, patios lóbregos, tabernas y tascas de mala muerte, alcantarillado abierto, pozos llenos de ratas y letrinas desbordadas.

Un refugio funesto para los desgraciados y desposeídos de Londres, para pandillas callejeras, malhechores de tres al cuarto y prostitutas terminales. En resumen, para las clases marginadas y deshumanizadas de una sociedad gobernada por una élite únicamente pendiente de su propio beneficio.

Una clase alta cultivada y alentada por doscientos años de ocupación napoleónica.

